



PREPÁRATE PARA UNA CARRERA  
MORTAL CONTRARRELOJ

# DAN BROWN EL CÓDIGO DA VINCI

 Planeta



55.8554° N, 3.1602° W

DAN BROWN

# EL CÓDIGO DA VINCI

Título original: *The Da Vinci Code*

The Da Vinci Code – Young Adult, © Dan Brown, 2016

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

NOTA: El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16315-2

Depósito legal: B. 20.335-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## CAPÍTULO 1

Robert Langdon despertó con parsimonia.

En la oscuridad sonaba un teléfono, un pitido metálico, desconocido. Buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche y la encendió. Al escrutar la estancia con los ojos entornados vio una lujosa habitación con mobiliario antiguo, del siglo XVIII, paredes con frescos pintados a mano y una colosal cama de caoba con dosel.

«¿Dónde estoy?»

El albornoz de *jacquard* que colgaba de una de las columnas de la cama lucía un monograma: «Hotel Ritz París».

Poco a poco, la niebla comenzó a disiparse. Tras incorporarse, se miró con ojos cansados en el espejo de cuerpo entero que había al otro lado de la habitación. El que le devolvía la mirada era un desconocido, despeinado y con cara de agotamiento; sus ojos, por lo común de un azul intenso, se veían opacos y ojerosos. Una oscura barba incipiente le cubría la poderosa mandíbula, y por las sienes avanzaban las canas, adentrándose cada vez más en su mata de grueso cabello negro.

Langdon cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¿Monsieur Langdon? —inquirió una voz de hombre—. Espero no haberlo despertado.

Aturdido, miró el reloj de la mesilla: eran las 0.32. Sólo había dormido una hora, estaba hecho unos zorros.

—Soy el recepcionista, monsieur. Le pido disculpas por la intromisión, pero tiene usted visita. E insiste en que es urgente.

Langdon aún se sentía confuso. «¿Visita?» A continuación reparó en una tarjeta arrugada que descansaba en la mesilla.

## LA UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA DE PARÍS

*tiene el honor de presentar*

UNA VELADA CON ROBERT LANGDON,

PROFESOR DE SIMBOLOGÍA RELIGIOSA

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD, EE. UU.

Langdon soltó un gruñido. Sus libros sobre pintura y simbología religiosas lo habían convertido, muy a su pesar, en una celebridad dentro del mundo del arte, y la conferencia de esa tarde —una disertación con diapositivas sobre el simbolismo pagano oculto en las piedras de la catedral de Chartres— posiblemente hubiese molestado al público más conservador. Lo más probable era que algún experto en religión lo hubiese seguido hasta el hotel para buscar pelea.

—Lo siento —se excusó—, pero estoy muy cansado y...

—*Mais, monsieur* —insistió el recepcionista, ahora en un susurro apremiante—. Su invitado es un hombre importante. Va de camino a su habitación.

Langdon ahora estaba completamente despierto.

—¿Lo ha enviado a mi habitación?

—Le pido disculpas, monsieur, pero a un hombre así... no me he atrevido a impedírselo.

—Pero ¿de quién se trata?

Sin embargo, el recepcionista ya había colgado.

Casi en el acto, un pesado puño descargó su fuerza en la puerta de la habitación de Langdon.

Éste se levantó de la cama y sintió que sus pies se hundían profundamente en la alfombra. Se puso el albornoz del hotel y se dirigió a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Señor Langdon? Tengo que hablar con usted. —El hombre hablaba un inglés con acento, un vozarrón áspero y autoritario—. Soy el teniente Jérôme Collet, de la Dirección General de la Policía Judicial.

Langdon vaciló. «¿La policía judicial?» La DGPIJ venía a ser el equivalente del FBI estadounidense. ¿Por qué razón iba a verlo?

Sin retirar la cadena de seguridad, abrió un tanto la puerta. El rostro que vio era delgado y pálido; el hombre al que correspondía, muy flaco, vestía un uniforme azul.

—¿Puedo pasar? —inquirió.

Langdon titubeó, no sabía qué hacer.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Mi *capitaine* necesita su ayuda en un asunto privado.

—¿Ahora? —consiguió decir él—. Es más de medianoche.

—Si no me equivoco, usted tenía pensado reunirse con el conservador del Louvre esta noche. ¿Es así?

Langdon sintió una repentina desazón. Él y el venerado conservador Jacques Saunière iban a verse esa noche, después de la conferencia, para tomar algo, pero el anciano no se había presentado.



—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Encontramos su nombre en su agenda.

—¿Sucedec algo?

El hombre suspiró profundamente y deslizó una polaroid por la estrecha abertura de la puerta.

Cuando Langdon vio la foto, todo su cuerpo se tensó.

—Esta fotografía fue tomada hace menos de una hora. En el Louvre.

Mientras contemplaba la extraña imagen, la repugnancia y la conmoción que sintió en un principio dieron paso a un repentino acceso de ira.

—Confiábamos en que usted pudiera ayudarnos con lo sucedido, habida cuenta de sus conocimientos de simbología y de su intención de reunirse con Saunière.

El horror que había invadido a Langdon se vio en ese momento teñido de miedo.

—Este símbolo de aquí, y el cuerpo en esa extraña...

—¿Postura? —propuso el agente.

Langdon asintió, un escalofrío le recorrió la espalda cuando alzó la cabeza.

—Soy incapaz de imaginar quién puede haber hecho algo así.

El hombre se demudó.

—Me parece que no lo entiende, señor Langdon. Lo que ve en esta fotografía... —Hizo una pausa—. Se lo hizo el propio monsieur Saunière.

## CAPÍTULO 2

A menos de dos kilómetros de allí, el enorme albino llamado Silas franqueó cojeando la verja de una lujosa residencia de la rue La Bruyère. Llevaba sujeto al muslo un cinturón con pinchos, un *cilice*. Todos los verdaderos seguidores de *Camino* utilizaban dicho cilicio: una correa de cuero sembrada de puntia-gudos pinchos metálicos que laceraban la carne para no olvidar nunca el sufrimiento de Cristo en la cruz. Su alma cantaba satisfecha las alabanzas al Señor.

Silas atravesó el vestíbulo y subió la escalera sin hacer ruido, pues no quería despertar a nadie. La puerta de su cuarto estaba abierta: allí no se permitían los cerrojos. Entró y cerró tras de sí.

La habitación era espartana: suelo de madera, una cómoda de pino y una estera que hacía las veces de cama en un rincón. Esa semana se alojaba allí, en París, en calidad de visitante, y durante muchos años había tenido la suerte de contar con un santuario parecido en Nueva York.

«El Señor me ha dado refugio y ha dotado de sentido mi vida.»

Esa noche, por fin, Silas tenía la sensación de que había empezado a saldar su deuda. Tras ir directamente hasta la cómoda, sacó el móvil, oculto en el cajón inferior, y efectuó una llamada.



—¿Sí? —respondió una voz de hombre.

—Maestro, ya he vuelto.

—Habla —exigió la voz, a la que parecía agradecer tener noticias tuyas.

—Los cuatro están fuera de juego, los tres senescales... y el gran maestro.

Se produjo un momento de silencio, como si el otro orase.

—En tal caso, me figuro que tendrás la información.

—Los cuatro me dijeron lo mismo. Cada uno por su lado.

—Silas hizo una pausa, a sabiendas de que la información que había arrancado a sus víctimas lo dejaría estupefacto—. Maestro, los cuatro confirmaron la existencia de la *clef de voûte*..., la legendaria clave de bóveda.

Oyó que su interlocutor contenía la respiración al otro lado del aparato y notó su entusiasmo.

—La clave...

Según la leyenda, la hermandad había creado un mapa de piedra —una *clef de voûte*, o clave de bóveda—, una dovela que desvelaba el paradero definitivo del mayor secreto de la hermandad: un secreto tan poderoso que la mera existencia de dicho grupo tenía por finalidad su protección.

—Cuando tengamos la clave, sólo estaremos a un paso —aseguró el Maestro.

—Estamos más cerca de lo que cree. La clave se encuentra aquí, en París.

—¿En París? Increíble. Casi parece demasiado sencillo.

Silas relató lo acaecido esa misma tarde..., cómo sus cuatro víctimas, poco antes de morir, le habían contado exactamente lo mismo: que la clave se hallaba a buen recaudo en una de las antiguas iglesias de París, en la iglesia de Saint-Sulpice.

—¡En la casa del Señor! —exclamó el Maestro—. Qué manera de burlarse de nosotros.

—Como llevan siglos haciendo.

El Maestro enmudeció, como para asimilar el triunfo del momento, y al cabo dijo:

—Has prestado un servicio inestimable a Dios. Ahora, Silas, tienes que traerme esa piedra. Inmediatamente. Esta noche.

Y el Maestro explicó lo que había que hacer.

Cuando colgó, el albino sintió un hormigueo en la piel. «Una hora», se dijo, agradeciendo que el Maestro le hubiese dado tiempo para hacer la necesaria penitencia antes de entrar en la casa de Dios. «Debo purgar mi alma de los pecados de hoy.»

—El dolor es bueno —musitó.

### CAPÍTULO 3

El vivificante aire de abril entraba por la ventanilla bajada del vehículo de la DGPJ mientras cruzaba París a toda velocidad. En el asiento del acompañante, Robert Langdon trataba de aclararse las ideas. La ducha rápida y el afeitado lo habían dejado con un aspecto bastante presentable, pero no habían conseguido aliviar su nerviosismo. No lograba deshacerse de la estremecedora imagen del cuerpo del conservador.

«Jacques Saunière ha muerto.»

Langdon no pudo evitar experimentar una profunda sensación de pérdida con la muerte del anciano. A pesar de su fama de solitario, la reconocida dedicación a las artes de Saunière lo convertía fácilmente en una figura digna de veneración, y la de esa noche había sido una cita muy esperada por Langdon.

La ciudad comenzaba a aflojar el ritmo: vendedores ambulantes que empujaban carritos de *amandes* garrapiñadas, camareros que sacaban bolsas de basura a la acera, una pareja de amantes noctámbulos que se abrazaban para no quedarse fríos con la brisa perfumada de jazmín. El Citroën sorteaba el caos con autoridad, la disonante sirena bitonal hendiendo el tráfico como si de un cuchillo se tratara.

—Al *capitaine* le agradó saber que seguía usted en París —co-

mentó el agente mientras cruzaba a toda velocidad la entrada norte de los famosos jardines de las Tullerías, que para Langdon siempre habían sido un lugar casi sagrado. Ésos eran los jardines en los que el artista Claude Monet había experimentado con la forma y el color, dando vida literalmente al movimiento impresionista.

El hombre apagó la atronadora sirena y Langdon suspiró aliviado, saboreando la repentina calma. El coche viró bruscamente a la izquierda, dirigiéndose al oeste por la avenida principal del parque. Tras rodear un estanque circular, el conductor atajó por un paseo desierto y salió a un amplio espacio cuadrado. Desde allí se veía el final de los jardines, señalado por un enorme arco de piedra: el arc du Carrousel.

Los aficionados al arte veneraban ese lugar: desde ese punto se podían ver cuatro de los museos de arte más importantes del mundo..., uno en cada punto cardinal. Por la ventanilla derecha, Langdon reparó en la teatral iluminación de la fachada de la antigua estación de ferrocarril, ahora el reverenciado musée d'Orsay. A la izquierda distinguió la parte superior del modernísimo Centro Pompidou, que albergaba el Museo Nacional de Arte Moderno. A su espalda, hacia el oeste, Langdon sabía que el antiguo obelisco de Ramsés descollaba sobre los árboles, señalando el musée du Jeu de Paume.

Sin embargo, en línea recta, hacia el este y al otro lado del arco, se alzaba el palacio renacentista que se había convertido en el museo de arte más famoso del mundo.

El museo del Louvre.

Con forma de inmensa herradura, el Louvre era la construcción más larga de Europa: tres veces más que la torre Eiffel medido de extremo a extremo. El edificio se recortaba como una

ciudadela contra el cielo de París: la plaza que se abría entre las alas del museo era una magnífica estructura de casi cien mil metros cuadrados. Langdon recordó la primera vez que recorrió el perímetro entero, una increíble caminata de casi cinco kilómetros.

Pese a que se calculaba que se tardaría unas cinco semanas en admirar debidamente las 65.300 obras de arte que albergaba el edificio, la mayoría de los turistas optaba por una visita reducida a lo que Langdon denominaba *el Louvre light*, una carrera por el museo para ver sus tres piezas más afamadas: la *Mona Lisa*, la *Venus de Milo* y *La victoria alada de Samotracia*.

El teniente cogió la radio y dijo en un francés atropellado:

—*Monsieur Langdon est arrivé. Deux minutes.* —A continuación se volvió hacia su acompañante—: Se reunirá con el *capitaine* en la entrada principal.

Acto seguido, aceleró y se subió a la acera. El acceso principal del Louvre quedaba visible, alzándose con osadía a lo lejos.

«*La pyramide.*»

La entrada —una vanguardista pirámide de cristal de más de veinte metros diseñada por I. M. Pei, un arquitecto norteamericano oriundo de China— había cobrado casi tanta fama como el propio museo, si bien no se hallaba exenta de polémica.

—¿Le gusta nuestra pirámide? —quiso saber el teniente.

Langdon frunció el ceño: sabía que era una pregunta trampa. Si uno admitía que le gustaba, se convertía en una persona carente de gusto; si le disgustaba, ofendía a los franceses.

—Mitterrand fue un hombre audaz —replicó, escurriendo el bulto.

Decían que el difunto presidente de Francia, que fue quien había mandado construir la pirámide, adolecía de un «comple-

jo de faraón», y había inundado París de obeliscos, obras de arte y artefactos egipcios.

—¿Cómo se llama el capitán? —preguntó Langdon, cambiando de tema.

—Bezu Fache —respondió el agente—. Lo apodamos *le Taureau*.

Langdon lo miró.

—¿«El toro»?

El hombre enarcó las cejas.

—Su francés es mejor de lo que dice, monsieur Langdon.

«Mi francés es un asco —pensó—, pero la iconografía zodiacal se me da bastante bien.» La astrología siempre estaba presente en la simbología del mundo entero, y Tauro siempre era el toro.

El teniente detuvo el vehículo y señaló una gran puerta giratoria en un lateral de la pirámide, entre dos fuentes.

—Tengo orden de dejarlo aquí. Debo ocuparme de otros asuntos. Buena suerte, monsieur.

Langdon profirió un suspiro y se bajó del coche. Acto seguido se dirigió a la entrada principal dando zancadas mientras el vehículo se alejaba a toda velocidad. Levantó la mano dispuesto a golpear el cristal, pero de la oscuridad surgió una figura que subía a buen paso por la sinuosa escalera. Era un hombre fornido y moreno, de espalda ancha y piernas fuertes y cortas. Le indicó a Langdon que entrase.

—Soy Bezu Fache —se presentó cuando el profesor cruzó la puerta—. Capitán de la Dirección General de la Policía Judicial. —El tono le hacía justicia, un retumbo gutural, como una tormenta inminente.

Él le tendió la mano.

—Robert Langdon.

La enorme palma del policía rodeó su mano con una fuerza aplastante.

—Señor Langdon —los ojos de Fache, negros como el ébano, se clavaron en él—, venga conmigo.